

En busca del tiempo perdido: Palingenesis de un método de conocimiento alumbrado para el cambio social*

Ramón García Piñeiro

Dr. en Historia Contemporánea por la Universidad de Oviedo

El fulgor del marxismo en España, ya sea como episteme o como corpus ideológico vivificador de un sueño igualitario de organización social, fue coyuntural y efímero. Este diagnóstico fue el principal eje vertebrador de las ponencias presentadas durante las jornadas sobre historiografía marxista y compromiso político organizadas por la Sección de Historia de la FIM los días 27 y 28 de noviembre de 2014 en Madrid, cuya compilación se reúne y publica ahora, al cargo de José Gómez Alén como editor, en la obra colectiva que aquí se reseña. De la epidérmica metabolización del marxismo por parte de la escuálida *intelligentsia* española resulta esclarecedor un comentario atribuido a Javier Pradera, al que *El País* caracterizó en su obituario como «el gran intelectual de la Transición». Cuentan que, durante una estancia en su casa familiar, ensimismado ante la contemplación de varios anaqueles repletos de libros de Marx, Lenin, Trotsky, Isaac Deutscher, Louis Althusser, Marta Harnecker, Nicos Poulantzas y otros autores de la misma índole, lamentó con pesar: «qué tiempo perdido».

Reseña del libro de José Gómez Alén (ed.), *Historiografía, marxismo y compromiso político en España. Del franquismo a la actualidad*, Madrid, Siglo XXI, 2018



En su contribución a las citadas jornadas de estudio, Josep Fontana, a cuya memoria se dedica esta reseña, rescató de la autobiografía de Julián Gorkin una anécdota no menos reveladora de la displicencia con

la que conspicuos dirigentes del socialismo español, como Indalecio Prieto, abordaron tanto la doctrina como la historia del marxismo. Al parecer, en 1930, había demandado al publicista y político valenciano que le recomendara alguna lectura de Marx o de Lenin para pasar el rato, no sin antes encarecerle que fuera «lo más sencilla posible», porque para dormirse, sentenció, «se bastaba él solo». No sin sarcasmo, Santiago Carrillo se regodeó en más de una ocasión con la impostada presunción de un militante comunista con pujos de liderazgo que se consideraba una autoridad en la materia porque cada noche conciliaba el sueño recostado sobre un ajado ejemplar del *Anti-Dühring*, que utilizaba como almohada.

Aunque la producción bibliográfica alumbrada dista de ser equiparable a la francesa y, sobre todo, a la inglesa, no cabe realizar un balance tan desalentador sobre el impacto del marxismo en la historiografía española, pese a que también fue fagocitado en ocasiones de forma apriorística, mecanicista y oportunista. Como destaca Domingo Plácido en su aportación a esta obra, las categorías analíticas del materialismo histórico, no pocas veces depuradas con matizaciones conceptuales procedentes del *Istituto Gramsci*, del *Reasoner* y de la revista británica *Past and Present*, han iluminado en España procesos históricos esenciales de los periodos clásico y alto-medieval, generalmente menospreciados o burdamente examinados por la hegemónica historiografía neopositivista. Tanto para esta etapa como para el embrionario proceso de globalización que dimana de la conquista de América y baliza los hitos fundacionales del capitalismo, la perspectiva marxista, como ninguna otra, ha puesto en solfa la eticidad de conceptos como colonialismo, caracterizado, en el análisis realizado por Carlos Martínez Shaw, como sistema de explotación económica y some-

timiento político. No menos fructífera ha sido, como Juan Trías Vejarano acredita en su ponencia, la exégesis de los procesos de crisis y cambio social mediante instrumentos analíticos como el concepto de «transición», aplicado tanto al paso de la Antigüedad a la Edad Media como al tránsito del feudalismo al capitalismo. Cabe subrayar al respecto que obras señeras construidas con los mimbres metodológicos del materialismo histórico, como *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, de Abilio Barbero y Marcelo Vigil, no han perdido, pese al tiempo transcurrido, ni capacidad sugestiva ni vigencia.

Como corresponde a un *metarrelato* que no se circunscribe a la comprensión sistematizada y totalizante del marco sociopolítico que lo alumbró, sino que incluye procedimientos fundamentados para vislumbrar los rieles de su propio proceso de transformación, nuestra historiografía marxista también tuvo como eje referencial el controvertido desarrollo capitalista en España, así como los diversos contextos sociopolíticos que jalonaron su entrecortada evolución durante los siglos XIX y XX. Pero entre la sindéresis rigurosa y sin anteojeras del proceso histórico cronológicamente aquí acotado y la tentación de legitimar propuestas políticas de cambio social presuntamente derivadas de interpretaciones canónicas de los clásicos del marxismo, no pocas veces, como destaca José Antonio Piqueras, la corriente principal del relato historiográfico materialista incurrió en uno de los más graves delitos de lesa marxismo: discurrir a favor de las visiones *deshistorizadas*. Tanto el sistemático cuestionamiento de la revolución burguesa en España, a veces por vincularla en relación simbiótica con escenarios políticos democráticos, como el obstinado sobredimensionamiento de las pervivencias feudales, cuya vigencia en todo caso ha sido residual, fueron excre-

cencias derivadas del tacticismo menchevique del PSOE y de la descontextualizada aplicación del gramsciano concepto de «rivoluzione mancata» al caso español por parte del PCE, como se puso de relieve en la polémica que desembocó en la expulsión de Claudín y Semprún. Como ambos partidos, si bien en diferentes contextos, alimentaron el tópico de que en España había fracasado la revolución burguesa y, bajo la premisa del inexorable gradualismo, seguía pendiente la revolución democrática, una parte de la historiografía marxista, a despecho de la evidencia empírica, salió al rescate de ambas formaciones corroborando que las fuerzas productivas distaban de haber agotado sus posibilidades de desarrollo.

Así se construyó el falso mito del «atraso español», cuyas raíces ubica Francisco Cobo Romero en la visión «decadentista» de nuestra agricultura acuñada por el regeneracionismo y reformulada, con desigual fortuna, por un sector de la historiografía marxista al vincularla con la pervivencia del latifundismo y con la obstinada subsistencia de relaciones de producción agrarias de carácter semifeudal. Del controvertido proceso de implantación del capitalismo agrario en la España contemporánea lamenta el citado autor que el foco de atención se proyectara casi obsesivamente sobre la vistosa colisión de intereses entre propietarios ricos y jornaleros desposeídos, al tiempo que se minusvaloraba como actor social a colectivos tan relevantes para el devenir como los pequeños propietarios, los arrendatarios y los aparceros. La citada restricción del objeto de estudio, unida a la actual desfiguración de la clase obrera y sus formas organizadas destacada por Carlos Forcadell, pone a la historiografía marxista del presente en el brete de reconsiderar quién es el principal protagonista del proceso histórico y, por ende, su objeto historiográfico preferente. En su revisión de

la producción bibliográfica de inspiración marxista centrada en la Segunda República y el franquismo, ni José Luis Ledesma ni Julián Sanz Hoya detectan este tipo de retos, ya que en casi todas las investigaciones dedicadas a estas etapas se puso especial énfasis en la fuerza motriz de la movilización social, protagonizada principalmente por la clase obrera. El autor citado en primer término apostilla que si las desigualdades sociales, la explotación y el conflicto se relegan a una posición marginal o se omiten en el relato histórico, se despoja a la disciplina de su potencial crítico para comprender las sociedades pasadas y presentes.

Como ha subrayado Manuel Vázquez Montalván, tras su repunte con la derrota del totalitarismo al término de la Segunda Guerra Mundial, la coyuntural efervescencia del marxismo como referencia «científica, ética y estética» coincidió con las convulsiones sociales, políticas e intelectuales que precedieron a la eclosión de los *soixante—huitards*, circunstancia que en el caso concreto de España se vio favorecida, como destaca José Antonio Piqueras, por el ambiguo marco de permisividad limitada abierto con la Ley de Prensa e Imprenta promovida por Fraga Iribarne en 1966 y por la aparición, casi un año antes, de iniciativas editoriales como Ciencia Nueva, que ya en 1967 puso en circulación dos obras de Marx de desigual enjundia: *Formaciones económicas precapitalistas* y *Las luchas de clases en Francia*, a las que incorporaron, respectivamente, sendos prólogos firmados por Hobsbawm y el propio Engels. En aquel contexto, no solo lo más granado de las vanguardias universitarias antifranquistas recurrió a Marx para cartografiar su incierto presente con perspectiva temporal y proyectar su previsible y anhelada transformación desde presupuestos «científicos», sino también sectores en principio tan renuentes a una perspectiva materialista como el

progresismo cristiano realizaron todo tipo de piruetas verbales para cohonestar las aportaciones del pensador de Tréveris con los principios del dogma católico.

El faro del marxismo irradió con todo su esplendor, tanto sobre la producción historiográfica como el pensamiento político, durante el tardofranquismo y la transición democrática, etapas en las que adquirió, en expresión de Cuenca Toribio, «una dorada pátina». Ante el simultáneo retroceso del inmovilismo político y del integrista académico, aportó como alternativa un solvente repertorio analítico del pasado insertado en el articulado marco de un sugestivo proyecto emancipador, lo que contribuyó a su asentamiento en algunas cátedras universitarias, a la paulatina conquista de espacios en los escaparates de las librerías y a su consagración como pensamiento hegemónico en los *think tank* de los partidos de izquierda. Pero estos, como estímulo al voluntarismo militante y con una espuria justificación pedagógica, divulgaron preferentemente una versión esquemática y rudimentaria, casi caricaturesca, de la obra de Marx, para lo que recurrieron a las exégesis más simplificadoras, esclerotizadas y catequéticas de su fértil pensamiento. Con adocenadas referencias a pioneros de la «reinvención» fosilizada del marxismo, como Bernstein, Kautsky, Bujarin, Plejanov o Labriola; con la asunción acrítica de la versión escolástica contenida en manuales considerados canónicos, como los firmados por Victor Afanasiev, Fedor Vasilievich Konstantinov y Otto Kuusinen; y con la deshistorizada argamasa del estructuralismo althusseriano, caracterizado por Josep Fontana en las páginas de la obra aquí reseñada como «verbalismo estéril», transformaron un corpus analítico concebido para «pensarlo todo históricamente», en afortunada síntesis de Pierre Vilar, en una dogmática filosofía o teoría de la historia. A despecho

de Marx y de Engels, sus pautas metodológicas devinieron en un recetario infalible e insuperable capaz de deducir el pasado de un esquema teórico y de anticipar científicamente, no ya el mero curso de los procesos sociales, que también, sino incluso el rumbo mismo de los fenómenos naturales. Para blindar al militante con la sugestión de que su insignificante sacrificio concordaba con el ineluctable curso de la humanidad y para disponer de respuestas antes de formular las preguntas, el marxismo fue contaminado con certezas irrefutables como la teleología del progreso, la unidireccionalidad del desarrollo histórico, el escalonamiento mecánico e infalible de los modos de producción, la apriorística supeditación de la superestructura a la base material, la explicación del cambio por la ineluctable contradicción de las fuerzas productivas con las relaciones de producción, la inexorable y fetichista determinación económica, aunque fuera en última instancia, de la conducta social y, en fin, la prevalencia del modelo teórico sobre el proceso histórico. Con expresiones tan ingeniosas, pero huecas, como afirmar que «el conocimiento histórico no era más historia que azucarado el conocimiento del azúcar», el estructuralismo marxista creyó prescindible la investigación histórica porque los resultados se podían deducir del marco teórico.

Avanzada la década de los ochenta del siglo pasado, contribuyó a su ocaso tanto la irrelevancia o la explícita desafección de las organizaciones políticas que surgieron bajo su influjo o lo adoptaron como referencia ideológica, las cuales supeditaron su consolidación en la España posfranquista al abandono o mistificación de un legado doctrinal considerado anacrónico e incómodo, como, a escala planetaria, la biológica sinapsis establecida entre la demolición del muro de Berlín y el abrupto colapso del modelo político presuntamente erigido

bajo sus postulados en la extinta Unión Soviética y en su área de influencia, tras cuyo cataclismo se coronaba, *urbi et orbi*, como único posible, ya sin alternativa viable, un remozado sistema liberal—capitalista previamente reformulado bajo los presupuestos de ese oxímoron conceptual denominado «revolución conservadora». Más allá de estas vicisitudes, también contribuyeron en no menor medida a su «derrota histórica» quienes pusieron en circulación, bajo la impostada etiqueta del marxismo, un subproducto historiográfico que Josep Fontana ha catalogado como «retórica degradada» y quienes lo codificaron en un manido repertorio de sentencias utilizadas al modo de jaculatorias.

El interesado crepúsculo de un paradigma ideológico de naturaleza omnicompreensiva y vocación subversiva, en el que se articulan sin deslinde herramientas de análisis social de acreditada solvencia, salvo cuando se han utilizado de forma apriorística, mecanicista y dogmática, y anhelos emancipadores, cuya materialización práctica siempre ha terminado, por razones de muy diversa índole, en completo fiasco, ha favorecido el despliegue del denominado pensamiento posmoderno, una antiepistemología revisionista, esteticista, relativista y escéptica, con deliberados ribetes nihilistas, en la que el discurso es el elemento fundante de la realidad y, en consecuencia, se banaliza toda pretensión de compromiso intelectual porque carece de sentido plantear un proyecto emancipador de cambio social a partir del conocimiento de las regularidades que subyacen en los comportamientos humanos. La proyección del foco de atención sobre la capacidad movilizadora de las construcciones discursivas y simbólicas de las culturas políticas en liza, como, en expresión de Francisco Cobo Romero, proponen los adalides del denominado giro cultural o lingüístico, merece una

valoración ambivalente en las aportaciones que configuran esta obra. Teresa María Ortega López se adhiere sin reservas a la teoría de que la realidad es una construcción social y los actos una consecuencia de la aprehensión significativa de la realidad mediante las categorías lingüísticas disponibles. Se remite al sociólogo Enrique Larraña para sostener que la acción colectiva dimana de la representación mental y simbólica de la realidad que realizan los agentes sociales mediante construcciones discursivas, para lo que movilizan marcos de referencia inteligibles, lenguajes consensuados, experiencias compartidas, rituales comunitarios y vínculos culturales que delimitan y forjan las identidades colectivas. Como toda realidad social es inmanente y carece de existencia objetiva, subordinar las conductas a contradicciones estructurales, disfunciones sistémicas o, incluso, ideologías colectivas, fue, a su entender, un tiempo perdido, ya que la movilización social depende de la previa construcción de una realidad «representacional», cuya conceptualización se verifica mediante formulaciones discursivas y simbólicas que, en consecuencia, deben concitar de forma preferente la atención del investigador.

En términos menos taxativos con respecto a la utilidad y vigencia del materialismo histórico se pronuncia José Luis Ledesma, pero una vez expurgado, como método de conocimiento, de los vicios que contribuyeron a su fosilización en el pasado, entre los que incluye los automatismos deterministas, las simplificaciones mecanicistas, las inferencias apriorísticas, los esquematismos monocausales, la pretensión totalizadora y los sesgos teleológicos, derivaciones catequéticas, dogmáticas y ahistóricas etiquetadas por Xosé Manoel Núñez Seixas con una expresión harto elocuente: «marxismo de garrafón». Liberado de este corsé, aboga por la confluencia con otras

propuestas metodológicas, como la que, en la órbita de Charles Tilly, privilegia como factor explicativo la estructura de oportunidades y recursos políticos, y, sobre todo, la derivada del giro lingüístico, cuya mirada cultural y antropológica, en la que se desplaza el énfasis desde los contextos, relaciones y condicionantes socioeconómicos hacia las culturas políticas, los símbolos, los ritos, las representaciones, las tradiciones, la experiencia o la memoria, considera compatible con el marco referencial clásico del materialismo histórico. En sintonía con la propuesta formulada por Geoff Eley en *Una línea torcida*, pero sin renunciar a la misión transformadora que estima inherente al conocimiento histórico, Julián Sanz Hoya también se decanta por la integración de aquellos utillajes teóricos que, con independencia de la perspectiva adoptada, contribuyan a la comprensión de las sociedades humanas en su complejidad.

La agudización de las desigualdades en un capitalismo infatuado y depredador por carecer de alternativa, con su inevitable corolario de injusticia social, ha revitalizado la noción de ideología, excluida del léxico filosófico y político por el posestructuralismo, y ha contribuido a la enésima exhumación de Carlos Marx, cuyo legado se consideraba anacrónico y, en coherencia, definitivamente superado. Siempre hubo fecundas semillas de revisión en el campo del marxismo, entre las que Carlos Forcadell destaca las aportaciones de historia cultural que van desde Antonio Gramsci hasta Raymond Williams y E. P. Thompson —cabría añadir, con fecundas aportaciones de otra índole, a Lukács y Korsch—, pero revisiones más recientes, como la realizada por el lituano Teodor Shanin en la incisiva nota crítica escrita para la obra *El Marx tardío y la vía rusa* o la creativa renovación del materialismo dialéctico propuesta por el esloveno Slavoj Žižek, sin minusvalorar

las aportaciones de Maximilien Rubel o Marcello Musto, están contribuyendo a un inesperado renacimiento del materialismo histórico. A propósito de esta resurrección, Forcadell no oculta que algunos neófitos procuran que no se establezca ninguna ligazón entre el marco teórico y conceptual que informa su obra y sistemas políticos sepultados bajo el más absoluto descrédito.

Cautelas de este jaez no contaminan ni la trayectoria historiográfica ni la contribución a esta obra de Francisco Erice, quien sostiene que la crítica posmoderna, bajo la sugestiva «fanfarria intelectual» con la que ha sido revestida, oculta un inconfeso objetivo: deslegitimar el uso de un conocimiento histórico racionalmente fundamentado para que quede desvirtuado como ariete contra el orden establecido. Tampoco rehúye el reto planteado por José Gómez Alén en la introducción y se plantea sin tapujos si en el siglo XXI merece la pena reflotar la maltrecha nave del materialismo histórico para, con el rumbo puesto en un futuro más halagüeño, seguir surcando las aguas del pasado. Sin que se precise recurrir a hibridaciones o fórmulas eclécticas, sostiene que el materialismo histórico proporciona el arsenal conceptual y analítico más omnicomprendivo del devenir humano siempre que se desvincule de rigideces teleológicas, renuncie a la identificación de un determinismo unifactorial y unilateral —sin incurrir por ello en la pura contingencia—, se despoje de toda tentación mecanicista, practique un contraste permanente con la evidencia empírica, proyecte sobre el pasado una mirada «totalizadora» para aspirar a una reconstrucción integral del proceso humano —«la historia no es nada si no puede serlo todo», sostuvo Samir Amín, recientemente fallecido—, acepte como principio gnoseológico, dada la concurrencia de pautas y regularidades en la conducta humana, la inteligibilidad de la historia, asuma

la complejidad del vínculo existente entre «ser social» y «conciencia social», incorpore al concepto de ideología, además de las creencias conscientes y articuladas, las dimensiones afectiva, inconsciente, mítica y simbólica, conserve el espíritu crítico con el que fue concebido y, sobre todo, conecte la reconstrucción del pasado con el insoslayable desiderátum de contribuir al bienestar de las personas. Como colofón al decálogo de Francisco Erice, Josep Fontana retoma lo escrito en *Historia. Análisis del pasado y proyecto social* e insiste en que el principal desafío pendiente sigue siendo conocer y combatir mejor el capitalismo para «reem-

plazarlo por formas de organización social más justas y más libres». Para ellos, como sostuvo Jean Chesneaux, «la relación dialéctica entre pasado y futuro es la trama misma de la historia». No en vano ambos, como B. D. Palmer, radican el conocimiento histórico en el vértice donde confluyen la interpretación del mundo y la voluntad de cambiarlo. Precisamente en esa encrucijada reside la esencia, el vigor y la vigencia del materialismo histórico, porque, como lúcidamente sentenció Pier Paolo Pasolini en *Las cenizas de Gramsci*, de qué nos sirve iluminarnos con el conocimiento histórico si ignoramos para qué sirve la luz.